



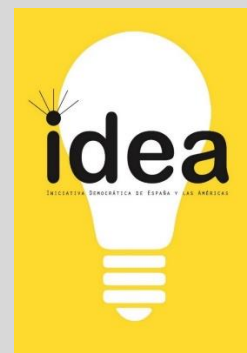
PAPELES IDEA 4/2020

**MÁS ALLÁ DE NUESTRA
HISTORIA**

**POLÍTICA E INFORMACIÓN
EN EL ECOSISTEMA DIGITAL**

ASDRÚBAL AGUIAR

(*) El texto siguiente, revisado, resume y sistematiza nuestras intervenciones en el encuentro anual *Plan País/USA*, en su edición europea (SciencesPo / Paris, 14 y 15 de noviembre 2019), cuya primera versión elaboramos para nuestra conferencia de apertura del panel sobre *Libertad de expresión y noticias falsas*, en el encuentro Comunicación y Transformación Digital organizado por la Cámara Nacional de Radio de Costa Rica (CANARA), el 31 de octubre de 2019, con la participación del expresidente Miguel Ángel Rodríguez, la ministra de comunicación, Nancy Marín, y el periodista Alberto Padilla, como moderador. Anteriormente, durante la 75ª Asamblea Anual de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), celebrada en Miami, el 7 de octubre de 2019, nos referimos a los mismos argumentos al moderar el panel *¿Son las redes sociales una amenaza para la democracia?*, integrado por los expresidentes Laura Chinchilla (Costa Rica) y Jamil Mahuad (Ecuador). Hago constar mi sentido agradecimiento al académico venezolano Rafael Tomás Caldera, por su lectura y pertinentes observaciones.



CONTENIDO

PRELIMINAR: EL “POSHUMANISMO”

1. MÁS ACÁ DE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS
2. HACIA LA FUSIÓN DEL CUERPO CON LA MÁQUINA
3. ¿DE REGRESO A ÍTACA?
4. “POSDEMOCRACIA” DIGITAL
5. LA GUERRA DE NARRATIVAS
6. ÉTICA POLÍTICA Y PERIODISMO SUBTERRÁNEO
7. POSTULADOS PARA LA CIUDADANÍA DE LOS INTERNAUTAS
8. LA VERDAD, HILO CONDUCTOR ANTE LA DESCONFIANZA

Bibliografía

“Hay quienes dicen – y con razón – que la crisis que vive la Humanidad no es simplemente el anuncio de una nueva época histórica. Toda una era en la evolución geo-bio-morfológica terráquea está llegando a su fin: la del laboreo de los metales comenzada hace más o menos veinte mil años en el cuaternario. Probablemente estemos por ingresar a una nueva fase, que será por fin la de la dimensión humana, en la cual nuestras concepciones existenciales habrán de cambiar”. Juan Carlos Puig, *Integración latinoamericana y régimen internacional*, Universidad Simón Bolívar, Instituto de Altos Estudios de América Latina, Caracas, 1987

“Un hombre que pierde la capacidad de abstracción es *eo ipso* incapaz de racionalidad y es, por tanto, un animal simbólico que ya no tiene capacidad para sostener y menos aún para alimentar el mundo construido por el *homo sapiens*... El hombre se ha reducido a ser pura relación, *homo communicans*, inmerso en el incesante flujo mediático» (De Matteis, 1995, pág. 37). Sí, *homo communicans*; pero ¿qué comunica? El vacío comunica vacío, y el vídeo-niño o el hombre disuelto en los flujos mediáticos está sólo disuelto”. Giovanni Sartori, *Homo Videns. La sociedad teledirigida*, Buenos Aires, Taurus, 1998

PRELIMINAR: EL “POSHUMANISMO”

Intentaremos entender lo que ocurre en Occidente, preñado de sismos sociales envolventes, atrapado entre la ruidosa violencia callejera y el amortiguado subterráneo de *Fake News* y controles digitales en expansión que se multiplican – aquella y estas – con el apoyo de las redes sociales y el incisivo accionar de factores de poder político y financiero global coludidos con la criminalidad transnacional, que es, a fin de cuentas, lo más perverso.

Encuentro a beneficio de inventario un neologismo que, a tal propósito, puede agregarse al río de neologismos acuñados desde inicios del corriente siglo – incluso antes, en 1995, cuando el argentino Norberto Ceresole le habla de “posdemocracia” al fallecido militar y exgobernante venezolano Hugo Chávez Frías – y es útil para describir el panorama de galimatías que viene usando de la desconfianza colectiva y la desafección política de la gente para entronizar el caos cultural en la plaza pública. Ese neologismo es el “poshumanismo”.

La dignidad humana y su respeto han sido las bases y el desiderátum de la cultura occidental y cristiana, reivindicadas durante la última mitad del siglo XX. Han obligado, en casos de colusión con los atributos o potestades del Estado, a que la Justicia constitucional decida siempre a favor de la libertad, *Pro Homine et Libertatis*. La doctrina social de la Iglesia recuerda, a propósito,

que la persona es el centro y finalidad de la vida política y económica, proscribiendo su cosificación, como ocurre bajo los totalitarismos comunista, nazi y fascista.

El caso es que, siendo el hombre la verdad terrena y objetiva, no perfecta sino perfectible, inteligente pero limitada, necesitada de los otros y que se concreta en el *Homo Sapiens*: atado a la racionalidad teórica y práctica, luego de volverse *Homo Videns* o feligrés acrítico de las imágenes parciales de lo real que les muestra la televisión, ahora deriva en *Homo Twitter*. Beneficiario y mejoría de los anteriores: retoma la escritura, pero en términos metafóricos y pocos caracteres, y la relaciona con las imágenes recortadas de la realidad que importan a su estado de ánimo o su animosidad, no obstante, arriesga en su práctica de vida introspectiva volverse un dígito o número dentro del torrente de las comunicaciones planetarias y el mundo de lo virtual.

Desheredado de los espacios - abandonando el hogar estable que pasa de abuelos a padres, negado al trabajo seguro y para toda la vida, ajeno a su patria de bandera que considera inútil o pieza de exhibición, sin lazos de lealtad “hasta que la muerte nos separe” - lleva el *Homo Twitter* una vida de nómada. Practica sobre las redes una existencia de descarte, prêt-à-porter, de emociones momentáneas. Es, de suyo, inevitablemente narcisista. Es fácil presa de los inescrupulosos de la política y del poder ahora dentro de las plataformas, mientras no se eduque para el dominio de la inteligencia artificial y amplíe sus perspectivas sobre la verdad en medio de la realidad líquida, en movimiento constante, inestable y que es dominante como lo recuerda Zigmunt Bauman, sociólogo y filósofo de origen polaco, fallecido en 2017.

De modo que, de no encontrarse pronto una fórmula que instituya o reinstituya los lazos mínimos de pertenencia humana capaces de reunir a las cavernas platónicas o burbujas de sombras diversas en las que se están transformando nuestras sociedades “sin Estado” y de vocación fundamentalista: ambientalistas, feministas, anarquistas, LGBT, de tribus urbanas, grupos étnico-raciales o neoreligiosos, nacionalistas - avanzará el *Homo* hacia el plano de la inteligencia prestada o por encargo. El componente digital desechable terminará ejerciendo su libre albedrío y conocerá aquél, entonces, al *Homo Deus ex Machina* que nos describe una reciente obra de Yuval Noah Harari.

Como prisioneros del desorden, los individuos que esta vez deambulan dentro de multitudes sin freno e inconexas, mostrando indignación por lo que les ocurre a diario y a cada uno como individuos, todos a uno o gritan desahogados - las mujeres desnudas emulan al planeta de los simios y a la par

quemar libros o imágenes sagradas – o endosan la máscara del Jóker. Como en el teatro de la antigua Grecia, a través de esta proyectan su desenfado y sus personalidades, y pasan en instantes desde el estadio de la bonhomía como discurso hasta la criminalidad más desembozada; para luego volver al principio, en un tejer y destejer, en un andar y desandar, sin ruborizarles la polaridad.

Ocupan las calles de distintas capitales en el mundo. Han mordido en el árbol de la ciencia. No quieren más ataduras que las suyas propias. Dicen no necesitar de Dios ni de los otros, a lo más de sus semejantes y jamás de los diferentes, pues se asumen como dioses posmodernos. Olvidan lo escrito en el Génesis: “No comerás del árbol de la ciencia del bien y del mal. El día que comas de él, ten la seguridad de que morirás”.

Lo primero, entonces, y será mucho para las generaciones que se despiden, es entender el distinto ecosistema ya instalado, pues marca un cambio de Era. En esta de poco sirven las categorías y lenguajes heredados. Urge saber, ello sí, si seremos capaces de salvar la naturaleza del hombre, varón o mujer, su inalienable y eminente dignidad como persona, y que, como verdad sólida y constante, por lo visto, parece disolverse bajo el movimiento de unas aguas que se vuelven olas y tempestad.

1

MÁS ACÁ DE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS

Hace 30 años cae el muro de Berlín. Predica el final de las ideologías, del comunismo y, como se cree, la sobrevivencia del capitalismo y el estado liberal dentro de un marco de consensos inevitables que se conoce como pospolítica. No se repara luego en lo que desde entonces es esencial. Apenas se repite sucesivamente lo cosmético, como el renacimiento marxista, primero bajo el socialismo del siglo XXI, llamado luego “progresismo” para engaño de incautos. Entre tanto, algunos señalan la llegada del posliberalismo (Javier Tusell, *El País*, 10 de abril de 2001): No habría más piedras filosofales y se acepta que son recónditos los caminos por los que recorre la naturaleza del hombre.

Lo vertebral, como lo veo, es que ocurre un parteaguas que nos lleva más allá de lo conocido y trastorna todos los ámbitos de la existencia humana. No hay continuidad histórica ni enlaces entre etapas, sino fractura con el pasado y todos sus conceptos. Sus primeras manifestaciones son el agotamiento del Estado y la república modernos: odres que atan a las gentes y las distribuyen en el espacio territorial, alrededor de las ideas de la nación y la ciudadanía,

ofreciendo acotamientos, seguridad, fundados ambos en la necesaria “amistad civil” y/o en el interés común.

Giovani Sartori (“¿Where is Political Science Going?”, PS, Vol. 37, N°4, octubre 2004), a la sazón y además, expresa su angustia al advertir que el paso desde los estudios políticos hasta la ciencia política, bajo influencia de la escuela norteamericana de la que él formara parte, a diferencia de la británica vino a significar la reducción de lo político a lo cuantitativo y metodológico. Se entierra a la razón, al pensamiento. Se considera que quedan para los antropólogos, entre otros tantos, Maquiavelo y Montesquieu, como lo refiere César Cansino (“Adiós a la ciencia política. Crónica de una muerte anunciada”, Temas y Debates 14, *Dossier*, diciembre 2007).

Ocurre así, como sintomatología, la insurgencia que se observa de fundamentalismos sociales dispersos y atomizados con la vuelta consiguiente de los enclaves primitivos; animados, al paso, por la cuarta revolución industrial, la de la digitalización y la interconectividad, que rompe la relación del espacio con el tiempo y los desdibuja con la inmediatez, la instantaneidad, la velocidad de vértigo en la práctica de las experiencias humanas. Es algo más que la señalada preeminencia del tiempo sobre el espacio, como anota la enseñanza pontificia (*Evangelii Gaudium*, 222 ss.).

El mundo de la inteligencia artificial, la biotecnología, la robótica, la nanotecnología, en lo particular las redes sociales y el Internet, es ahora el sustitutivo de la plaza pública. Tiene ventajas inagotables y asimismo ofrece peligros sumos por la mala disposición que se haga del mismo y durante el tiempo del aprendizaje sobre lo que ahora cambia a cada instante, a cada segundo.

Se impone esta vez, veamos un ejemplo, la Era mal llamada de la “sociedad” de la información que, antes bien, segmenta y desperdiga a la añeja opinión pública; la individualiza y atomiza, a pesar del actual encuentro de casi toda la Humanidad en el espacio común de lo virtual y de la intempestiva como fugaz coincidencia de sus voluntades. Yuval Noah Harari (*Homo Deus. Une breve histoire du futur*, Paris, Albin Michel, 2015) señala, no por azar, que “la ciencia del siglo XXI avanza para minar los fundamentos del orden liberal”: individualismo, derechos humanos, democracia, mercados; o acaso los vuelve piezas de museo, a menos que varíen en sus significados.

En la medida en que las redes diluyen los viejos lazos de la ciudadanía estatal fronteriza y cultural, relativizando los espacios y al mismo tiempo, de seguidas ayudan a una reorganización alrededor de los “ismos”, particularismos, chauvinismos, nacionalismos, y de los semejantes, separándolos de los diferentes. Unos y otros se encierran dentro cavernas

virtuales o burbujas de neta inspiración platónica, a pesar de los alegatos culturales e históricos sobrevenidos. Las realidades objetivas y/o materiales ceden ante aquellas y, de consiguiente, se privilegia al imaginario, a la sombra, a lo subjetivo, a la experiencia instantánea atemporal. Cada hombre, varón o mujer – copio los giros de Cansino y de Harari – como *Homo Twitter* se asume en lo adelante y ve situado en otra escala superior, la del *Homo Deus*.

Entre tanto, la Organización de las Naciones Unidas, hija de la Segunda Gran Guerra del siglo XX, o mira por el retrovisor del tren de la historia – administra la comunidad de Estados que se forja a partir de 1648 como si aún existiese y hace aguas – o se diluye, para no comprometerse, en el plató digital de la posverdad, hecho de realidades parciales y manipulaciones a conveniencia. Nada de lo señalado se enuncia, siquiera como preocupación, en la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible. Es una excepción, que confirma a la regla, que el Parlamento Europeo haya trazado unas primeras líneas, incluso atado a conceptualizaciones vetustas, sobre la robótica y la inteligencia artificial en 2017 y 2019.

Urge, entonces, una clara comprensión de este ecosistema por parte de los actores académicos, políticos, religiosos, y de quienes hacen vida en los medios de comunicación social tradicionales, si se trata de o aspiran a recomponer el ágora mínima y restablecer el necesario tejido social, los enlaces básicos que hagan posible la convivencia futura y su gobernabilidad.

Acaso será imprescindible, luego, la elaboración de otras categorías constitucionales más adecuadas a ese cosmos emergente e inédito, como lo pide y recomienda Luigi Ferrajoli, filósofo del Derecho florentino (*Principia Iuris. Teoría del derecho y de la democracia*, 2, Madrid, Trotta, 2007), y que a la vez salven los valores éticos y permanentes de la libertad, los anudados a la naturaleza inmodificable del ser humano.

Se trata, justamente y en la hora, aquí sí, de «instituir», que es algo más sustantivo que modelar «instituciones» o reformular «políticas públicas». Es captar la modelación cultural emergente en sus raíces y sustancias, a fin de definirla como patrón compartido dentro de una realidad informe de células humanas que han perdido sus ataduras en la transición.

Junto al dato tecnológico o digital – que al término debería ser instrumental, a menos que nos arrastre como tsunami y se aproveche, dada su violenta instantaneidad, de la ausencia o imposibilidad real de sostener un espíritu social e individual crítico – cabe considerar y tener presentes dos aspectos básicos: Uno es que la ciencia, desde siempre, escruta hasta en sus profundidades a la naturaleza que nos rodea: a la madre tierra, para desentrañarla, para comprenderla mejor, tanto como persiste en su empeño

milenario de ampliar la temporalidad de la vida humana. Otra, la significación trascendental, para lo que nos ocupa, de las nuevas tecnologías, dado que ingresamos en una Era que, además de conocer e intentar reducirnos como especie a lo determinado por nuestro mapa genético, pone en entredicho al valor de los territorios y la misma corporeidad, asumiendo como su paradigma ya no al tiempo sino al vértigo y lo inmaterial. Ella diluye las ataduras conocidas y provoca movimientos sísmicos constantes en la experiencia de la vida, que se hace experiencias sin límites, negadas al reposo.

Así las cosas, el fundamentalismo y la pulverización social sobrevenidos [las logias políticas, sean «bolivarianas» o «ambientalistas», de pueblos originarios o afro-descendientes, de tribalismo urbano o de grupos LGBT y también feministas, etc. y hasta de quienes se le oponen en el otro extremo mal llamado de la «antipolítica»], obedece, justamente y en síntesis, a esa cuestión de fondo en la que insistimos, que bien explica Thomas Meyer (“El fundamentalismo en la República Federal Alemana”, *Debats* 32, junio de 1990, Madrid, pp. 79 y ss.):

“Nuestros inseguros contemporáneos [experimentan] las contradicciones y las decepciones... cuando, en la sensibilidad de los afectados, las exigencias que se plantean sobrepasan hasta lo insoportable los consuelos y promesas que pueden encontrar” de manos de los centros de poder previamente conocidos, como los partidos y el mismo Estado. Ha lugar, así, a “movimientos [de fundamentalismo vital] que se apartan del pluralismo, la apertura y la responsabilidad individual del moderno mundo de vida y se orientan a la certeza de conocimiento absoluto que ofrecen formas de vida cerradas, sólo posibles a cambio del abandono de la autonomía y la responsabilidad individuales”.

No se trata, en suma, que la Cortina de Hierro se haya derrumbado en 1989, hace 30 años. Tampoco se relaciona, todo esto, con el esfuerzo para abandonar la tierra y conquistar el espacio que cristaliza con la llegada del hombre a la luna hace 60 años; ni con la posibilidad que se hace cierta hoy, en 2019, transcurridos 30 años, de viajar desde Pekín hasta Nueva York en dos horas con el I-Plane chino. Se trata de lo ya dicho.

Estamos ante una Era distinta que trasvasa a la historia – que no es lineal, por ser humana – y que incluso anuncia desde ahora su próximo paso, hacia la quinta revolución industrial, la de la singularidad tecnológica, la del posible traslado final de la conciencia hacia una máquina.

Más que en un simple contexto global diferente o una estación o edad dentro de un ciclo histórico continuo, en síntesis, vivimos en el cosmos de la

inteligencia artificial y bajo el dominio de sus inéditas características como ecosistema. Su efecto, en la transición larga que se inicia en 1989 y concluye en el año corriente, pasados 30 años, acaso para dar lugar a otro proyecto generacional de igual durabilidad, es la desafección con el orden abstracto y “canónico” – social y político – conocido; es la dispersión social, de suyo la atomización de las narrativas, únicamente atadas en lo inmediato por la indignación, por la desconfianza, por la incertidumbre, quizás por la común reivindicación de la dignidad humana o la consideración personal, vaciada a cada instante y con rabia evidente sobre los servidores digitales.

2

HACIA LA FUSIÓN DEL CUERPO CON LA MÁQUINA

Las violentas y recientes manifestaciones, coincidentes temporalmente, en Cataluña, París, Hong Kong, Santiago de Chile, Argel, Teherán, Taraz, Quito, La Paz, Beirut, Bogotá, Tegucigalpa, nada tienen que ver, a manera de ejemplos, con las de hace 30 años, como la de El Caracazo o la masacre de Tiananmén. Estas, en sus motivaciones son precisas y unitarias: rechazo de la corrupción, rezago en el bienestar, agotamiento de los partidos políticos, reclamos de democratización.

El fundamentalismo de 1989 – cuando se cocina la insurgencia armada “bolivariana” en Venezuela y se desplaza la justificación institucional clásica de los golpes de Estado castrenses, o en Alemania, donde emerge con virulencia el ambientalismo y el neofascismo – tampoco ninguna relación encuentra con los fundamentalismos del presente o, mejor, con el “salir a la calle” de quienes se encuentran separados como en una reedición, cabe repetirlo, del mito de La Caverna, multiplicado exponencialmente.

Las manifestaciones e insurgencias populares actuales proceden de una insatisfacción innominada. Son hijas de la anomia, aguas abajo del fenómeno de desarticulación social en curso, de la pérdida del hondón de la ciudadanía y la emergencia de un sentimiento de orfandad que sigue a la ruptura de la idea de la “amistad social” que es base de la ciudad: soporte de la confianza y articulador de la política, como lo anotase Meyer. Se reacciona, entonces, de manera difusa y contra lo abstracto del interés colectivo y por creérselo, como concepto, indiferente ante el enojo parcelado e íntimo de cada internauta o ciudadano ahora digital, que se mueve o moviliza bajo los estímulos de sus pares o semejantes a través de las redes.

En cada protesta, cada uno de los manifestantes, enojado por razones propias y separadas, multiplicadas, se direcciona contra el único foco visible, el Estado en agonía, su gobernante, de izquierdas o de derechas, al que lapida

por razones meramente incidentales. Y no se olvide que el “incidentalismo” es lo que nutre a la plaza pública digital; es émulo de la incidencia judicial, la que obstaculiza y distrae a fin de postergar o evadir el conocimiento de un asunto o cuestión de fondo. La percepción de la confianza traicionada - medida en términos subjetivos y a la luz del comportamiento personal de cada actor político - pesa más que la eficacia del trabajo oficial por el Bien Común.

El asunto de marras es muy complejo. Tiene que ver, entre otros elementos y cabe insistir en ello, con una realidad hasta ayer objeto de la ciencia-ficción y que se nos vuelve cruda y muda. El Parlamento Europeo (*Normas de Derecho civil sobre robótica*, Resolución del Parlamento Europeo de 16 de febrero de 2017, con recomendaciones destinadas a la Comisión sobre normas de Derecho civil sobre robótica) nos la describe en una de sus variantes, para mostrarnos los efectos invasivos y metastásicos sobre la política y el acontecer humano del entorno digital y las redes inteligentes:

“Desde el monstruo de Frankenstein creado por Mary Shelley al mito clásico de Pigmalión, pasando por el Golem de Praga o el robot de Karel Čapek —que fue quien acuñó el término, los seres humanos han fantaseado siempre con la posibilidad de construir máquinas inteligentes, sobre todo andróides con características humanas”; y “existe la posibilidad de que a largo plazo [¿?] la inteligencia artificial llegue a superar la capacidad intelectual humana”.

El caso es que el mundo de la inteligencia artificial se ha instalado a cabalidad. Cabe, pues, nos aproximemos al mismo con sabiduría no bastando la «inteligencia», admitiendo o considerando que para su manejo de nada sirven los símbolos y categorías del siglo XX, menos los del XVIII y XIX, cuando tienen lugar las revoluciones que les dan textura a nuestros sistemas constitucionales, económicos, sociales y libertarios.

Lo inevitable y rupturista son las nuevas relaciones y los actores emergentes dentro de este teatro novedoso de la ciudadanía digital y de la industria 4.0, cuyo avance no se detiene y viene desplazando a los rezagados e inútiles, a los carentes de sabiduría digital: a quienes como políticos o predicadores de oficio viven en el pasado o en estado de vacuidad, o quienes, como los europeos, avergonzados de sus raíces, de la civilización greco-latina y cristiana que las ha nutrido, se hacen agnósticos y/o relativistas en la coyuntura, por incapaces de sostenerlas.

Las amenazas y los tropiezos, sin embargo, pueden no ser fatales o trágicos, como las que señala el Euro-parlamento, y tampoco en sus consecuencias. Al cabo, el hombre, varón o mujer, es aún el mismo; antes, eso sí, de que se imponga la denominada *ley de rendimientos acelerados* o del ordenador que se

mejora por sí mismo sin que lo entiendan ya sus usuarios, a quienes fusiona dentro de su realidad hiper tecnológica (Daniela Kutschat Hanns, “Cuerpo-tecnología: Una cuestión de interfaz”, en la obra colectiva de Ileana Hernández García, *Estética, ciencia y tecnología: Creaciones electrónicas y numéricas*, Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005).

Incluso así, si miramos hacia atrás, también la tecnología de la radio y la televisión produjo, en su hora, dictaduras oprobiosas y democracias imperfectas, sin volverse sólidas o fatales. Cada individuo o cada microcosmos social emergente, por ende, siempre está a tiempo de servirse de los logros ingentes y exponenciales de su ciencia y no de servirlos como esclavo. Ha de superar, para ello y aquí sí, el ambiente de posverdad o de “mentira emotiva” imperante. Ha de rescatar y sostener a la razón y la relación de la ciencia con la sensibilidad emocional, en el plano de la naturaleza real, persuadido de la perfectibilidad de lo humano. Sólo, de tal manera, será capaz de discernir sobre la manipulación de las realidades en curso - *Fake News* son la expresión más protuberante - advirtiéndolas a tiempo y para salir de su cueva cada vez que lo desee, cuando le agobien las sombras de su introspección o el narcisismo digital.

Ante nuestros ojos, en síntesis y repitiendo, se ha hecho presente un panorama signado por la invertebración social, la indignación, la inmediatez conductual y política, que siguen al debilitamiento o desaparición de las *polis* como puntos de armonía y encuentro entre las personas: proyectos unos y únicos, pero también compelidas, como tales, a la alteridad.

¡Y es que vivimos el desbordamiento de un río sin cauce! Se exagera el pluralismo e inflan los derechos humanos de los dispersos, sin posibilidades de una garantía institucional cabal y efectiva como en el pasado. Ello provoca el desencanto manido con la democracia que tanto repiten las encuestas y los mismos enemigos de la democracia, por caminar aquéllas y éstos sobre la superficie.

A la inteligencia artificial deberá acompañarla, en conclusión y como solución, la prudencia digital del hombre, sin olvidar su señorío sobre la naturaleza.

3

¿DE REGRESO A ÍTACA?

Dos textos del Libro de los Libros que cito más adelante ilustran sobre el presente digital y lo extrañan de lo momentáneo, planteando graves desafíos. Consideran a profundidad y metafóricamente el dilema de corte filosófico, muy antiguo, no resuelto aún y existencial, entre la ciencia y el ser, entre lo

sensible y lo brumoso, entre la fe y la razón que no desdice de lo instintivo. Explican el debate pertinente que replantean a inicios del presente siglo, observando las fuerzas de la globalización, Jürgen Habermas y Josep Ratzinger, luego recogido *in extensu* en el librito *Entre razón y religión: Dialéctica de la secularización* (FCE, Madrid, 2008).

Aquél, miembro de la Escuela de Frankfurt, señala que “una modernización descarrilada de la sociedad en conjunto podría aflojar el lazo democrático y consumir aquella solidaridad de la que depende el Estado... Y entonces se produciría la situación temida: la transformación de los miembros de las prósperas y pacíficas sociedades liberales en átomos aislados, que actúan interesadamente, que no hacen sino lanzar sus derechos subjetivos como armas...”. A lo que el Cardenal Ratzinger, a su turno, observa “que el cambio fundamental de visión del mundo y visión del hombre que se ha producido como resultado de los crecientes conocimientos científicos está implicado de manera muy esencial en la ruptura de viejas certezas morales”.

La ciencia actual, en efecto, escruta hasta en sus profundidades no solo a la naturaleza objetiva que nos rodea, sino que busca derrotar la limitación temporal y material de la vida humana, e incluso disponer de esta como cualquier objeto de la naturaleza. Hace de cada hombre un dígito. Uno de sus primeros escalones es el descubrimiento del genoma humano citado, que ocupa y preocupa a la UNESCO, en 1997, al punto de declararlo “patrimonio” intangible de la humanidad, base unitaria de la familia humana, y fundamento de su diversidad.

Como lo narra Harari, citado, la ciencia confronta la creencia liberal de que el individuo es un «in-dividu», de esencia indivisible, poseedor de una voz interior clara y única, que es su voz auténtica, que le asegura en su libre albedrío. Afirma que “los organismos son algoritmos y los seres humanos no son individuos, sino «dividus», divisibles, como conjunto de algoritmos diferentes y desprovistos de una voz interior... Formados por genes y las presiones del ambiente, ellos toman decisiones de manera determinista o aleatoria”.

Pues bien, no le ha sido suficiente ello a la ciencia al punto de proponerse y alcanzar a repetir la chispa o partícula de Dios, como intentando mirarlo en su huella. Se monta sobre una máquina del tiempo - construida en Ginebra, el Gran Colisionador de Hadrones, que funciona desde 2008 - para presenciar el momento en el que se origina el universo, su punto de ignición, el Big Bang ocurrido hace millones de años atrás.

Sobre un tren que parece no tener escalas generacionales a costas e incidiendo sobre la naturaleza humana, avanza, apoyada en la cibernética, a

fin de ofrecerle a las generaciones actuales y futuras la posibilidad de hacer de lo irreal una realidad virtual, o tomar de lo real sólo aquello que les sea útil o necesario. Las hace prescindir, como si no existiese y bajo su arbitrio técnico, del resto de la realidad que no interesa o que interesa sólo a los otros, a quienes sitúa como diferentes y les segmenta.

¿Se plantea, de tal modo, una vuelta al relato de la Odisea, donde Homero cuenta sobre la llegada de Ulises y los suyos al país de “los que comen flores como alimento” para olvidar quienes son y de dónde proceden? Como lo explica Inés M. Martín (*Regreso a Ítaca: Claves espirituales en la Odisea de Homero*, 2019): “Si se olvida el origen, la auténtica identidad y a qué estado hay que retornar, el regreso es imposible. Cuando el principio consciente o alma cae en el olvido, la identificación con el mundo material [léase, ahora, con el ecosistema virtual] es absoluta”.

De modo que, obra esto de la inteligencia, la artificial, acaso no tanto de la sabiduría por más trastornada que parezca en esta hora – de la obligación del ser humano de trascender a su condición animal para lograr justamente eso, la transcendencia, conocer las finalidades de la vida y no limitarse a caminar sobre la superficie – su realidad inevitable nos pone ante el dilema de revisar *ex novo* lo que es y ha sido la búsqueda constante de la verdad o de la esencia. ¿Se encuentra en la naturaleza o en el logro de las ciencias, o en el fuero íntimo y arbitrario de cada persona? ¿Dios ha muerto, como lo predica el progresismo de nueva onda, relectores de Nietzsche? ¿Todo vale, todo cabe?

El texto del Génesis transcrito supra, “no comerás del árbol de la ciencia del bien y del mal”, como lo veo, es una suerte de admonición, una advertencia que se nos hace para reconocer a los dioses terrenos, a los traficantes de ilusiones que renacen en el siglo XXI como líderes mesiánicos o los que nos llegan dentro de un software microscópico, cuyas estatuarias y cultos o su uso desviado, en el último caso, dan ahora cuenta de estados de incertidumbre, de insatisfacción al ritmo de las experiencias vitales que se atropellan; de violencia desbordada y sufrimiento acaso mayores a los conocidos durante el siglo precedente. Su penúltima escala, que fue el Holocausto como saldo, tiene como la siguiente su actual negación, y al perderse el sentido vivificador de la memoria.

No por azar, el Libro de la Sabiduría, al decir sobre la naturaleza de esta recuerda que “es un espíritu amador del hombre”. Y sanciona lo siguiente: “Amad la Justicia los que gobernáis la tierra”. “Guardaos, pues, de murmuraciones inútiles, preservaos de la lengua mal hablada, porque la palabra más secreta no quedará impune, y la boca embustera da muerte al alma”.

En la mentira, así sea la virtual o producto de la ciencia sin logos - es esta la enseñanza - cede la dignidad del hombre como persona y como ser, necesitado de la otredad.

En resumidas cuentas, cuando no se sirve a la verdad se trastoca a la esencia de lo humano, decaen los valores que conforman sus raíces, es decir, su cultura. Aún más, en su defecto la libertad o el albedrío quedan vaciados de sentido y desaparece progresivamente el cometido propio de la “amistad civil” señalada (Javier Fernández Aguado, *Ética a Nicómano*, Madrid, 2009) como hoy se aprecia. En otras palabras, fenece la confianza - es constatable - y llega el reino de la inseguridad, negador de los proyectos de vida; desaparecen los lazos sociales y el espacio público, como la ciudad, y la experiencia de la convivencia y en paz, como acuerdo entre los corazones, saltan en pedazos.

La falacia en el hombre, el dejar de ser y volverse otro bajo los regímenes de la mentira que se conocen en el pasado siglo - el fascismo y el nazismo - y que en la actualidad identificamos en las redes digitales como noticias falsas o verdades manipuladas o descontextualizadas - en el ámbito de la llamada posverdad - desde ya hipotecan el uso de estas como instrumento maravilloso y de participación democrática. Ellas procuran algo muy complejo e inédito, a saber y antes dicho, declarar como real lo que satisface al consenso de las mayorías así sean meros espejismos.

Caben, al respecto, distintas preguntas que no encuentran respuestas a la mano.

¿Regresa la Humanidad hasta el Génesis o vuelve a Ítaca, en procura de un asiento memorioso que le salve de su orfandad, que le libere del temor a la inteligencia artificial inevitable y que por lo pronto sólo deifica sin racionalizarla? ¿Se impone la religión del «dataísmo», que, como lo explica Harari sólo estima datos y su maximización y su crecimiento exponencial en los medios, produciendo y consumiendo informaciones a cada segundo e ilimitadamente?

La realidad golpea en los rostros.

Hace pocas horas, llegan noticias desde Venezuela que relatan la entrada en vigor del Bio-pago. Colas interminables de empobrecidos y desdentados, víctimas de la miseria, son beneficiarios de una moneda virtual o criptomoneda que llaman Petro y mal pueden trocar por divisas u otras monedas, y como “zombies” muestran sus huellas para adquirir y cancelar sus alimentos de sobrevivencia, sólo dispensados en los almacenes de la dictadura.

“POSDEMOCRACIA” DIGITAL

Distintos neologismos inundan o encuentran espacio generoso sobre las autopistas digitales y el manejo a conveniencia de las certezas que ellas aparejan a nivel global, algunos de ellos antes citados: pospensamiento, posdemocracia, pospolítica, posliberalismo, posverdad, poshumanismo. Todos a uno le abren espacio a un denominador común, el de la posmodernidad o “modernidad tardía” o “modernidad líquida” según Bauman (Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*, México, FCE, 2000), a saber, el de la corriente en guerra contra todo aquello que impida la fractura o disolución de la solidez de las raíces sobre las que se sostienen los valores de la cultura occidental para su cabal y total eliminación, en su paso hacia otro ecosistema signado por el “progresismo”, relativizador de las verdades y realidades culturales, sociales, y políticas.

Dejo de lado esas expresiones, en lo particular la de posverdad que mejor aborda César Cansino [“Teorizando la posverdad. Claves para entender un fenómeno de nuestro tiempo”, Cátedra Mezerhane/IDEA, Miami Dade College, 29 de octubre de 2019], para decir junto a él, como abre bocas, que la “hipermodernidad” - término que, en efecto, sintetiza a los neologismos mencionados y acuña Gilles Lipovetsky (*Los tiempos hipermodernos*, Madrid, 2006) - significa movimiento, fluidez, flexibilidad, disociación con la tradición, e incertezas ante el futuro; concreta, al término, “un cambio drástico en los valores, las actitudes y los patrones de comportamiento que se construyeron trabajosamente durante siglos”. Y es eso lo que cabe asumir o lo que, como desafío, nos plantea su tamización responsable.

No se trata, como antes y según lo predicara el marxismo, de “derretir los sólidos”: la mineralización de las sociedades que se resisten a los cambios, “para hacer espacio a nuevos y mejores sólidos”. La tarea de construir un nuevo orden mejor para reemplazar al viejo y defectuoso - precisa Bauman - lamentablemente “no forma parte de ninguna agenda actual”.

La “disolución de los sólidos”, rasgo permanente de la modernidad, ha adquirido, según este, un nuevo significado: “la disolución de las fuerzas que podrían mantener el tema del orden y del sistema dentro de la agenda política. Los sólidos que han sido sometidos a la disolución, y que se están derritiendo en este momento, el momento de la *modernidad fluida*, son los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos y las acciones colectivos”, precisa.

En mi libro sobre *Calidad de la democracia y expansión de los derechos humanos* (MDC, Miami, 2018) advierto que las democracias están muriendo, paradójicamente, a fuerza de elecciones; tanto como refiero que la posdemocracia, en lo específico, es “un anti-modelo o modelo de corte neofascista que diluye el entramado institucional y lo pone al servicio de hombres o líderes providenciales, quienes establecen una relación directa y paternal con el pueblo auxiliados por el mismo tejido mediático e inmediato de la globalización”.

Al abordar el capítulo “Entre el totalitarismo mediático y la ilustración de los millennials”, seguidamente cito la obra *La sociedad sitiada*, del mismo Bauman, pues hace una aproximación al argumento vertebral que significa, a manera de ejemplo, la mudanza actual de la prensa – columna de la democracia – desde su sitio de contralora y observadora del poder a distancia de este y como expresión de la opinión pública no institucional, al nuevo rol de eje articulador necesario e inexcusable del orden social y político; que es, para lo sucesivo, desorden y atomización del individuo – “átomo irreductible”, diría Lipovetsky – dentro de la democracia y en la sociedad de la información. No por azar el penúltimo autor habla de “levedad”, “fluidez”, “liquidez”, como palabras adecuadas para aprehender la naturaleza de lo actual.

Parece ser esta, justamente, la primera consecuencia o, mejor, el contenido de esa idea o concepto de “posdemocracia” planteada, primero en Caracas, en 1995, luego en Londres, en 2000. La izquierda la usa para referirse a un tiempo de colusión entre los gobiernos electos y las élites económicas, interesados en deprimir la participación democrática y para la manipulación del ciudadano a través de las imágenes – el *Homo Videns* sartoriano (Giovanni Sartori, *Homo Videns. La sociedad teledirigida*, Madrid, 1998) – para beneficio de los primeros. Mas lo cierto es que, en ambas fechas, se apunta directamente a un mismo y más complejo hecho o contracara – la de Hugo Chávez Frías y luego la de Silvio Berlusconi – consistente en la final suplantación de las mediaciones institucionales de la democracia y la emergencia, mediante el manejo y disposición directa por éstos de los medios de comunicación social, en especial los radioeléctricos; para forjar una relación directa e inmediata entre el líder y su pueblo en diáspora o de regreso al nomadismo, al que intentan encarnar y para mostrarle a éste, como realidad, sólo la parte que recogen las imágenes y explican sus verbos.

Lo relevante, a fin de cuentas, es la tensión novedosa que ocurre entre el poder político y los medios de comunicación social contemporáneos durante el presente siglo, al constatarse que sin éstos no es posible contar más con la voluntad popular ni sostener su adhesión para realizar la gobernabilidad de

nuestras sociedades. De allí la controversia acre y abierta entre los gobernantes de este tiempo inaugural y los dueños de los medios de comunicación denominados independientes y sus periodistas, no más con los partidos políticos o sus dirigentes, a los que consideran, sin equivocarse, agotados. De allí, además, la mudanza de esos gobernantes en jefes de redacción y periodistas de oficio, no tanto para fungir como censores tradicionales de la opinión y la información, sino para ejercer la función pública apalancados en los mismos medios de información, en especial, en las redes digitales como instrumentos de gobernabilidad y gobernanza.

En la Venezuela de Chávez prende, así, una iniciativa, en 2004, que luego se extiende a la región y hace lugar a la adopción sucesiva de leyes de regulación de contenidos - llamadas de responsabilidad social - para la limitación de los medios de prensa y radioeléctricos, y la construcción de hegemonías comunicacionales de vocación totalitaria. Luego vendrá la adquisición por los gobiernos de esos países - a través de testaferros a su servicio - de las propiedades de los medios de comunicación tradicionales que se resisten a la censura o la reducción de sus espectros.

La experiencia de la democracia se ve afectada de tal forma y por obra de lo anterior, al trastornarse el principio de autonomía social y personal y el pluralismo indispensables para la misma democracia y su afirmación. Sin embargo, advertida luego la predominancia de la realidad digital - que impulsa la reforma posterior de las citadas leyes - se constata que el asunto va aún más allá.

Tras pasado el debate sobre si el mundo que nos llega a través del andamiaje tradicional o el digital es el real o el virtual o su simulacro o nos viene censurado, la velocidad y la sucesión de datos e informaciones que circulan través del Internet y las redes sociales evita, ahora sí y más que antes, el pensamiento, la racionalidad de los datos e informaciones que se reciben y son necesarios para la definición por cada "ciudadano" de sus opciones en lo político y en lo social. E incluso para poder mensurar los efectos de la política en su vida personal o en la de su entorno. En contrapartida, sin embargo, el mundo de las redes igualmente dificulta la misma censura de los autoritarismos de nuevo cuño: dictaduras del siglo XXI, como las califica Osvaldo Hurtado, exgobernante ecuatoriano (*Dictaduras del siglo XXI. El caso ecuatoriano*, Kindle Edition, 2011), como lo muestra la experiencia.

Como de lo que se trata ahora, entonces, es que el medio disponible - ahora un PC, un celular digital, o una tableta, que recrea al *Homo Twitter* cansiniano - sea suficientemente amigable como para sostener la atención del ciudadano digital y cibernauta, los actores - gobernantes, políticos, editores, individuos

- hacen acopio de una gama variada de insumos diversos, breves, que suministran al detal y según los gustos de cada consumidor de informaciones. La rapidez del suministro, por razón de la misma realidad digital, de suyo imposibilita la valoración de la calidad y veracidad de la información recibida y retransmitida sin pausa por unos y por otros. Piénsese en los insumos políticos, que tornan al conjunto noticioso en una suerte de casino, en el que se abren y cierran los juegos en un pestañar de ojos, sin segundos para advertir las trampas.

La política y la democracia, en suma, son hoy la obra de lo instantáneo. Lo que importa no es tanto el enlatado informativo tomado de la realidad y de su división a conveniencia o manipulado con vistas a la sensibilidad del receptor, sino que este se sienta a gusto, bombardeado con datos capaces de sostener su fugaz atención; así se obvian los otros elementos que, como lo he señalado, conforman la realidad cabal, tal y como es. Ello explica, además, la fragilidad y transitoriedad o fugacidad de los liderazgos políticos y/o democráticos emergentes [Venezuela], quedando a salvo quienes se atrincheran en el poder hasta que las turbas digitales los echan o los liberan de sus cárceles [Bolivia, Brasil y Argentina] o quienes rompen el molde del relativismo comentado y apelan al sostenimiento unilateral de las raíces o valores nacionales [Estados Unidos y Gran Bretaña].

Admitida, pues, la declinación del Estado y el agotamiento de los partidos como diafragmas entre la sociedad civil y la sociedad política [vid. mi libro *La democracia del siglo XXI y el final de los Estados*, La Hoja del Norte, 2009], en la sociedad de la información posmoderna son el ecosistema digital y sus mecanismos los que ordenan o son capaces de pulverizar a las sociedades o de instalar en ellas narrativas políticas de oportunidad, a fin amalgamarlas circunstancialmente, mientras vuelven a su estadio de liquidez adquirido: “Los fluidos, por así decirlo, no se fijan al espacio ni se atan al tiempo”, recuerda Bauman con agudeza.

Más importante que un líder partidario lo son esta vez un editor o periodista *millennial*, los llamados «guerreros del teclado». Son éstos los ejes del poder global y, eventualmente, los adversarios a confrontar o los aliados a ganar por parte de quienes aspiren a sus parcelas.

Lo cierto es que, desde ya, algunos protagonistas - piénsese en el Foro de São Paulo y su rostro político visible: el Grupo de Puebla - han aprendido a construir, al efecto y desde inicios del siglo corriente, tecnologías de eliminación (TDE). Entre tanto, los otros, sus opuestos y aquí sí, los iletrados digitales, no logran perfilar una tecnología para el sostenimiento de la libertad (TDL) y de servicio a la verdad.

LA GUERRA DE NARRATIVAS

Sobre la posverdad, como elemento de juicio referido a la información sobre las redes, cabe decir que se cruza y retroalimenta con el de la “posdemocracia” antes referido. Cansino señala, en cuanto a aquella, que es “un momento en el que lo racional y lo objetivo ceden terreno a lo emocional o a las creencias formadas por los ciudadanos a partir de medias verdades o informaciones falsas”. Ocurre, por ende, algo muy insidioso, que destaca igualmente Henrique Salas Römer en *El futuro tiene su historia* (2019), a saber, la entronización de la guerra entre narrativas por el poder sobre las autopistas digitales, quedando atrás, como factores determinantes y de influencia la geopolítica, la beligerancia militar y entre los Estados, dominantes durante los siglos precedentes.

“La principal técnica de poder – dice Bauman – es ahora la huida, el escurrimiento, la elisión, la capacidad de evitar, el rechazo concreto de cualquier confinamiento territorial y de sus engorrosos corolarios de construcción y mantenimiento de un orden, de la responsabilidad por sus consecuencias y de la necesidad de afrontar sus costos”; por lo que, durante las Guerras del Golfo y Yugoslavia, se golpea y huye con aviones invisibles o misiles inteligentes, sólo para diluir fronteras y también los muros intelectuales, ya no para conquistarlas sino para hacerla fluidas ante la realidad global diluyente de los enclaves.

No se trata, entonces y por lo visto, de la confrontación sana entre crónicas y opiniones sobre la realidad o sus encuadres conceptuales respectivos dentro del mercado democrático de las ideas lo que esté planteado, antes de trasladarlas a conocimiento del público con verosimilitud. Menos son las formas distintas de presentarlas, como ha sido lo propio de la prensa libre. Ahora se impone, en lo adelante, la generación de la narrativa o narrativas que mejor logran constreñir la realidad relativizándola o tamizar sus efectos con fines de competencia por el poder. Dado ello, como se observa, se acelera la apelación a los símbolos, a las sensaciones o las expectativas previamente mineralizadas en la gente; y, al multiplicárselas a través de las redes digitales, se busca situar a las narrativas del caso como dogmas de fe, asumidos no por pocos sino por los centenares de miles de internautas feligreses que creen en ellas, por sosegarles en sus aprehensiones e íntimos deseos.

En otras palabras, la mentira muda o muda en “verdad” o realidad virtual desde que recibe su santificación en los altares dispersos de la ciudadanía

digital. Y quien así lo logra obtiene la victoria, incluso siendo fugaz por la misma naturaleza de la virtualidad.

Vayamos a otro ejemplo.

En las Américas hay coincidencia en cuanto a que Venezuela cede como Estado, es un Estado fallido. Medran o desaparecen sus dimensiones constitutivas: la espacial o territorial, canibalizada por actores externos y grupos criminales transnacionales; la personal o poblacional afectada por la diáspora; la institucional o de gobierno, por faltar este o por la virtualidad de los dos que hoy posee. En sus espacios, por lo pronto, se amalgaman estructuras paraestatales con las del narcotráfico y el terrorismo, en el marco de un holding que se dice gestionan emisarios cubanos y rusos. Ellos organizarían los negocios “políticos” tras los bastidores del progresismo y para influir en toda la región, devastando a sus democracias y creándose para su beneficio espacios de impunidad. Se trata, en la hipótesis, de un poder real y estructurado, no formal sino fáctico, sobrepuesto a la anomia digital y política corrientes, capaz de amortiguar su realidad ominosa usando de las mismas redes; apelando, al efecto, a los medios de la sociedad de la información y explotando el cuadro de desconfianza e incertidumbre social reinantes.

Los países europeos, con sus excepciones, antes bien insisten en que allí, en Venezuela, ocurre otra cosa. Mediarían una polarización, controversias entre políticos y banderías por deficiencias y diferencias democráticas originadoras de su crisis agonal, que sólo han de resolverse democrática y electoralmente, bajo tutela y con asistencia internacional.

Es pertinente, a todas éstas, preguntarse, ¿dónde queda el umbral que separa lo veraz de lo mendaz en ambas narrativas y sobre una misma realidad en crisis? ¿Tales ópticas chocan o son ángulos distintos de una misma realidad que sobrepasa y a la vez condiciona la división doméstica que se advierte entre los actores venezolanos, presas de una dinámica que les ha hecho renunciar a sus albedríos?

Pasan a un segundo plano, pues, dentro de tal perspectiva, el que tal choque de narrativas tenga su origen o se explique en algo entre tanto insoluble, a saber, la conjugación que hace Europa de su política exterior en clave antinorteamericana y su benevolencia frente al factor cubano, por también conjugar en clave antiimperialista. Lo relevante es la importancia de las narrativas y su capacidad de juego y manipulación dentro del ecosistema digital, para el propósito político o de poder que tengan o se les haya establecido. He aquí lo sustantivo de la cuestión que nos ocupa y preocupa.

La noticia engañosa siempre ha existido, como la apelación a las emociones antes que, a la objetividad, y ha sido la nutriente de los populismos de toda laya. Mas, a la luz de lo señalado, se constata la presencia de un “círculo vicioso de desinformación” política, obra no tanto de un periodismo silvestre o subterráneo y sin editores, alimentado al caso por el narcisismo digital en boga, sino que es el producto de una lucha por el poder que deja de lado las reglas de lealtad en la competencia democrática. Incluso, relativiza los valores culturales susceptibles de “instituir” y que, al menos, pueden suplir los agotamientos constitucionales y del Estado de Derecho que son inevitables, dado el cambio del ciclo histórico en cuestión.

El umbral de intolerancia frente a la mendacidad social y política, al paso, ha bajado, y es lo que cabe destacar. Tanto como, recién, ello causa un interés antes irrelevante por el escrutinio de la verdad, al que se vienen sumando las grandes plataformas [Google, Instagram, Facebook].

Quienes reciben información, la producen y circulan a través de las redes, también expanden, sin lugar a duda, el fenómeno de la participación democrática, vuelvo a señalarlo. Desafían a quienes tienen poder o buscan hacerse de un poder hegemónico mediante el choque digital de narrativas signadas por la posverdad. Pero estos, que son los menos, pero los más insidiosos, a través de Bots promueven con éxito predominante las *Fake News* que cubren la mayor parte de la actividad dentro de las redes que interesan a la política, destruyendo así la confianza; tanto como fracturan el tejido social restante y condicionan las alternativas políticas y también las electorales. He allí, no por azar, el caso de la trama rusa que conmueve los cimientos políticos de Estados Unidos.

Los Bots o generadores de comunicación no humana, según reseña Botomer [proyecto asociado de Indiana University Network Science Institute/IUNI y el Center for Complex Networks and Systems Research/CNetS], representaron el 67,6% de los seguidores en las redes del entonces candidato mexicano Andrés Manuel López Obrador; en una experiencia que antes tiene lugar durante las elecciones estadounidenses en las que vence Donald Trump.

La cuestión de las *Fake News* o “contenidos deliberadamente falsos que se publican en sitios web cuya apariencia intenta ser formal y auténtica” [Paz Peña y otros, “Desinformación en Internet en contextos electorales de América Latina y el Caribe: Contribución regional de organizaciones de la sociedad civil ligadas a los derechos humanos en el entorno digital”, Buenos Aires, enero de 2019], en su origen y como se indicara, si bien destaca en los recientes procesos electorales, como también el de Jair Bolsonaro en Brasil, es un mal de antaño que sólo lo visibiliza la ciencia y hace exponencial.

Sin embargo, reducir a esto la explicación - la práctica artificial de crear perfiles falsos de personas o robados, y mentir fingiendo verdades mediante construcciones digitales de apariencia periodística veraz y con propósitos políticos y de poder - sería banalizar el contexto. Lo relevante es que junto a quienes, como detentadores de un poder real global o sobrevivientes de un poder político que declina en sus formas y contenidos forjan “noticias falsas” con aviesos fines, también copan el espacio cibernético un universo infinito de internautas o ciudadanos digitales que crean sus espacios propios crecientes, pero sólo con sus semejantes.

Estos buscan, reciben y transmiten informaciones por acción propia y asimismo sin mediadores institucionales, y reaccionan con ellas contra todas las formas de hegemonía centralizadora del poder o de corrupción comunicacional. Las desafían y son su contrapeso, pero igualmente bajo una clave antidemocrática, la del bloqueo digital de los diferentes.

¿Será posible afirmar el derecho a la verdad por encima del manido derecho a la diferencia y las legítimas articulaciones sociales primarias que la parcelan o relativizan?, es otra pregunta que cabe formularse y reclama de respuesta.

Cansino, en buena hora sintetiza, no para lamentarse. Destaca, entre otros más, dos efectos de este inédito panorama: Uno, el paso de la sociedad de masas señalada - con cultura unitaria, atada a visiones compartidas y mineralizadas - a la individualización de la sociedad, que hace reparo difuso y diversificado contra todas las versiones oficiales de quienes se consideran detentadores del poder. El otro, el tránsito desde una sociedad de confianza parcial - que delega su destino en mandatarios o representantes - hasta otra de desconfianza cabal hacia todos los políticos.

Si bien en la confianza, incluso relativa, ayer radica la unidad social bajo un orden político dado y compartido, y es el cemento de la ciudad o polis, ahora, mediante la inevitable práctica de la ciudadanía digital y mientras logra educarse ella para atajar las irrealidades que se construyan como verdades, por lo pronto seguirá rigiendo una “sociedad de distanciamientos”, de seres aislados y prevenidos. Unidos todos, eso sí, al momento de expresar sus indignaciones y drenar sus desconfianzas, no sólo entre ellos mismos sino fundamentalmente contra quienes no reparan en los ánimos predominantes en las redes y los desafían con desparpajo.

Cabe, sin embargo, introducir una variable que elabora, con pertinencia, Harari, en su breve historia del futuro ya mencionada. Oteando el porvenir a mediano plazo, a saber, observando el paso desde la sociedad de masas orteguiana, acaso alienada por las ideologías y/o un paso más adelante

subordinada a las imágenes “que destronan a la palabra” [el dicho es de Sartori], hasta la presente individualización dentro de los colectivos [que puede significar, supuestamente, el reforzamiento del libre arbitrio conforme a la razón o a los deseos de los internautas: que rescatan la palabra breve y la atan al pedazo de imagen que la valide], bajo el dominio de la tecnología puede imponerse antes bien el mencionado «dataísmo», la religión o el imperio de la data o de los datos.

“En un primer tiempo, el dataísmo probablemente acelere las conquistas humanistas – salud, bienestar, poder – y satisfaga las aspiraciones [del ciudadano digital]. Más, el día en que, para acceder a la inmortalidad, a la felicidad y hasta a los poderes divinos de la creación [*Homo Deus*], requiramos de inmensas cantidades de datos [e informaciones] que sobrepasen nuestras capacidades humanas cerebrales [como *Homo Sapiens* y hasta como *Homo Twitter*], los algoritmos lo harán en lo adelante por nosotros, perdiéndose el sentido de los proyectos humanistas”, concluye el autor.

6

ÉTICA POLÍTICA Y PERIODISMO SUBTERRÁNEO

Todas y cada una de las personas tenemos derecho a la libertad de conciencia y de expresión o de prensa, como a los medios que las hagan posible. Conscientes que la lengua, tanto como construye destruye – lo señala Esopo, padre de la fábula – y de suyo la expresión nos relaciona con los otros para la procura de informaciones y opiniones recíprocas que hagan posible el discernimiento social y político, tales derechos tienen como límite el respeto al derecho de los otros y al honor y la dignidad humana. Se proscribió sólo aquello que incita a la violencia o la discriminación, debiendo aceptarse la expresión que irrita o incomoda, por muy dura que sea, cuando se la juzga indispensable para la formación de la opinión sobre asuntos que a todos interesan, como los políticos y públicos, no admitiéndose la censura.

Esto lo dicen los manuales. Esto predica, además, la doctrina más autorizada en Europa y en las Américas, que, a renglón seguido, como consta en la jurisprudencia de los tribunales internacionales de derechos humanos respectivos, admitiendo que se castigue la injuria o la difamación en el plano de lo civil, se resiste a la adjetivación de la información como veraz y por una sola razón: La información siempre es veraz y cuando no lo es, es desinformación.

En la experiencia conocida, esas invocaciones normativas a la veracidad – salvo cuando se las restringe al plano de los valores éticos y deontológicos – traen tras de sí el propósito de imponer las leyes de control de contenidos

citadas supra y para la afirmación de la propaganda de Estado y el culto del mesianismo.

No por azar, Rafael Caldera, al abordar la cuestión como gobernante y con su *auctoritas* de demócrata (“Instalación del Foro Iberoamericano sobre Comunicación e Información para la Democracia”, Caracas, junio 1997) advierte lo pertinente:

“No estamos proponiendo medidas restrictivas... Estamos aquí para discutir los valores éticos que deben guiar la conducta de los gobernantes... Para discutir los valores éticos que deben guiar a ese gran poder - cada vez mayor en el mundo - que es el poder de la información... La conducta ética de los informadores es juzgada por los lectores y por los usuarios de los medios de comunicación. Porque le pierden su confianza cuando se vulnera y se hace mal uso de un poder tan fundamental como el que tienen estos medios para las informaciones”.

La cuestión, en suma, es que hacen metástasis las fuerzas de la dispersión y la segmentación social, como lo hemos dicho y repetido. Se han invertido los cánones del periodismo y para la forja de informaciones, siendo otros los actores y diferentes las finalidades: ayer el Bien Común o interés colectivo permanente, en el presente la experiencia personal, fugaz e instantánea. No basta, he de admitirlo, el simple reclamo del servicio a la verdad, pues se quieren en lo adelante verdades a la medida, líquidas, y los internautas así lo están imponiendo. Ojalá fuese cierto que lo que vemos, como el fenómeno global de las *Fake News*, es el producto de una conjura, para unos, sobre todo para los periodistas y medios de prensa tradicionales, impulsada desde la Casa Blanca, y para otros, desplegada por el Foro de São Paulo y sus mascarones de proa, Cuba y Venezuela, suerte de sindicato que mixtura la política con la narco-criminalidad transnacional.

No los subestimo, ni a unos ni a otros, pero ser sabios es ser prudentes; aún más, es ir más allá de los árboles patentes - la cita de Ortega y Gasset se hace imperativa - hasta imaginar y sentir tras de estos al bosque latente. Es intentar encontrar el concepto, el sentido de las cosas, meditarlo, para despejar, lo diría este, las brumas alemanas sin perder la sensualidad latina, que sólo toca, pero no profundiza.

Se trata de eso, de relacionar eventos para entender al conjunto, pues eso es la sabiduría, que cabe reivindicarla dentro del ecosistema digital. Si no sabemos manejar sobre sus autopistas virtuales, o nos expulsan o nos cosifican. ¡Cuán poca cosa sería una cosa, al término, si fuera sólo lo que es en el aislamiento!, precisa el propio Ortega.

De modo que, he aquí una primera conclusión. Que las redes hagan expansiva y a la vez exponencial la maldad que anima a la mentira que desinforma y que transita dentro ellas – estando siempre presente en todos los medios y épocas – es cosa que debe tratarse; pero sin mengua de tener presente – pienso otra vez en Esopo y lo que de él nos recuerda Jorge Ignacio Covarrubias (“Las lenguas de Esopo”, La Lengua Viva, 9 de abril de 2014) – que la lengua “es el fundamento de la filosofía y de las ciencias, el órgano de la verdad y la razón”. La comunicación, la incomunicación que provoca el engaño – tanto como su censura – disuelve; pues con la lengua, asimismo y según el fabulista de la Antigua Grecia, “se miente, con la lengua se calumnia, con la lengua se insulta, con la lengua se rompen las amistades. Es el órgano de la blasfemia y la impiedad”.

¿Hay mentiras para disolver lo conocido hasta el reciente pasado, o es el ambiente de disolución y desconfianza dominante el que ve a la verdad sólo en lo propio y jamás en lo ajeno?

Durante la Asamblea de la SIP, celebrada en Salta el pasado año, se adoptó una declaración complementaria de su Declaración de Chapultepec, fijando los Principios de la Libertad de Expresión en la Era digital. Allí leo lo siguiente: “El ecosistema digital ha generado nuevos espacios que empoderan a los usuarios para crear, difundir y compartir información. Todo ello contribuye a alcanzar las aspiraciones de la Declaración Universal de los Derechos Humanos para que la libertad de expresión se ejerza sin limitación de fronteras y exenta de amenazas y violencia”.

Dicho documento, a renglón seguido advierte que: “La diseminación maliciosa o deliberada de desinformación por parte de actores estatales o privados puede afectar la confianza pública. La desinformación no se debe combatir con mecanismos de censura ni sanciones penales, sino con la adopción de políticas de alfabetización noticiosa y digital. Los intermediarios tecnológicos deben adoptar medidas de autorregulación para prevenir la diseminación deliberada de desinformación”.

La Carta Democrática Interamericana, desde antes, prescribe a la transparencia como uno de sus estándares, es decir, a la realidad públicamente ventilada sobre las cuestiones que interesan a todos y forman a la cosa pública. La mentira, de suyo conspira contra toda elección informada y competitiva. Pero lo cierto es que no parecen interesar más las cuestiones públicas o comunes y las realidades que se transparentan son las que a propósito muestran, en su parcialidad, los mismos internautas interesados en validar sus “pre-juicios” individuales.

Así las cosas, cabe decir que “la interacción de la política y de los medios de comunicación – como lo señala David Van Reybrouck (*Contra las elecciones. Cómo salvar a la democracia*, Madrid, 2017), al comentar un informe del parlamento neerlandés y a quien cito en mi mencionado libro *Calidad de la democracia* – es, por cierto, lo que explica, en igual orden, el creciente «incidentalismo» en la política ya señalado. Los medios viven de la noticia. En conversaciones con periodistas se ha observado que los incidentes llaman más la atención de los medios que los grandes debates que también se producen”. Y aquí se suma otro problema o desafío que trasvasa al de las informaciones falsas o que manipulan las realidades (*Fake News*), a saber, que la preferencia por el incidente y/o las urgencias de la cotidianidad se vuelve contexto, perdiendo todo asidero la información de lo cabal.

La consecuencia de lo anterior no se hace esperar. “La sustancia de la política democrática (es decir, la manera de ser de una sociedad autónoma compuesta de individuos autónomos) es un proceso continuo de traducción simultánea: de los problemas privados en asuntos públicos cuando aquéllos adquieren relevancia colectiva, y de los intereses públicos en derechos y deberes individuales”, dice el autor al que me refiero. La operación, no obstante, es inversa en el mundo digital, por lo que más pesa en la política el comportamiento privado de los líderes que sus acciones orientadas a la resolución de los verdaderos problemas públicos.

De modo que, más allá de la veracidad o no de las informaciones que reclama el escrutinio de la democracia y circulan por las redes digitales, lo central es que parecen importar más los árboles que el bosque.

En el mundo de las redes – en lo particular dado el ejercicio de democracia directa o “contra-democracia” instantánea inherente a la ciudadanía digital y que se concreta en la práctica habitual de un periodismo no profesional, otra de sus resultantes, en adición, es que se le ha puesto término final a la neta separación entre la intimidad o el ámbito privado o privativo de las personas y el espacio de lo público. Tanto que el internauta, si bien, por una parte, reclama verse protegido en sus datos personales y en el uso que hacen de ellos los grandes servidores o plataformas que sostienen al andamiaje de las redes, considerándolo abusivo, apenas le falta –lo dice bien con su giro metafórico el mismo Bauman– “instalar micrófonos en sus confesionarios y conectarlos a una red pública”. Por lo pronto, traslada sus dramas personales u orfandades morales, con sus lenguajes domésticos y coloquiales, al quehacer y la preocupación colectivas, trastornando o a lo mejor renovando también el sentido y la finalidad trascendente de la política en la democracia. Aún no lo sabemos, pero cabe estar atentos, con espíritu crítico y abierto.

Otro aspecto pertinente y que ha de ser analizado oportunamente, en su cara y contracara, es que, a diferencia del pasado reciente, cuando las informaciones se siguen minuto a minuto, ahora llegan y se responden en segundos a través de las redes causando cacofonías, y degradándose el vehículo que comunica, la lengua. No sólo eso, lo que se advierte, por sobre la mentira, es la confusión deliberada y que a tal propósito se hace del significado cierto de las palabras; que es algo más que la explicable confusión entre las lenguas. Aquella comienza a hacer imposible la movilidad de las audiencias e incrementa la parálisis de las percepciones distintas, por cuanto desfigura las realidades más que falsearlas. Téngase presente, al respecto, que por la lengua “entramos en la sociedad; por ella la sociedad entra en nosotros. Ella es la red que lanzamos sobre la realidad para pescar significación. No es otro conocimiento más: es la base del conocimiento», y de la cultura, a fin de cuentas (Asdrúbal Aguiar, *Leer y pensar en español*, Centro Virtual Cervantes, 2004).

La democracia de casino sobrevenida, la de usa y tire, la del chismorreio, la del hablar para oírse uno mismo, en fin, viene empujando a los políticos y de suyo a todos los que participan de la experiencia de la información libre, a ser y comportarse como celebridades u objetos de idolatría. La “política de vida” se idolatra en el político como en los actores de teatro, en función de sus haceres íntimos y los deseos colectivos de emulación de lo personal. No cuenta más el valor de los gobernantes o aspirantes al poder que muestran un camino o un modelo de sociedad a seguir, salvo, por lo pronto y como lo hemos advertido, quienes se asumen como albaceas de una cultura amenazada y cuyos valores éticos logran incidir en la reflexión personal e íntima predominantes. En fin, como ocurre también en el mundo del espectáculo, la durabilidad del político se hace precaria, pero a la vez es intensa.

El tiempo y la consistencia la desgastan dentro de tal perspectiva, pues la política, en el siglo XXI corriente, viene ganada por el acontecimiento real o virtual: lo que titula y es noticia, y que como noticia fuerte sea capaz de concitar la atención antes de que otra la enfríe; lo que es, de suyo, la negación de la política como función integradora de lo social y con vistas al Bien Común.

Queda pendiente, entonces, lo que tantas veces predica el filósofo y jurista florentino Luigi Ferrajoli, es decir, resolver la falta sobrevenida de correspondencia y sincronía entre la globalización digital y de la información, que es un imperativo, con la territorialidad o localidad aneja a la política, dentro del Estado o dentro de la ciudad que es su escalón primario, al objeto de que la misma vuelva a reconstituir y le dé nueva portada, si cabe o es aún posible, a la democracia.

Este, nada menos, es el desafío ingente, inexcusable, que ha asumir y entender a profundidad el liderazgo social y político, apenas entrenado, vuelvo a machacarlo, para el narcisismo digital y mejor llamado a construir estrategias de resistencia ante la mentira y al servicio de la verdad.

7

POSTULADOS PARA LA CIUDADANÍA DE LOS INTERNAUTAS

A guisa de las reflexiones precedentes, como ampliación de uno de los aspectos que ya trato en mi citado libro sobre *Calidad de la democracia* y a propósito de la incidencia de la Era de la Inteligencia Artificial sobre el orden social y político contemporáneos, caben algunas postulaciones mínimas y a partir de datos empíricamente verificables:

(1) La invertebración, indignación e inmediatez social que preceden o siguen al debilitamiento del odre estatal y de los partidos modernos como sedes espaciales o territoriales del poder; excluyentes de la actividad política formal, y facilitadoras, aquéllas, de neopopulismos de coyuntura y bajo formas de socialización inéditas. Vivimos lo que Bauman califica de «Modernidad líquida», comentada supra, al observar textualmente lo siguiente:

“Lo que se ha roto ya no puede ser pegado”, lo dice Bauman, antes de alertarnos: “Abandonen toda esperanza de unidad, tanto futura como pasada, ustedes, los que ingresan al mundo de la modernidad fluida. Ya es tiempo de anunciar, como lo hizo recientemente Alain Touraine, “la muerte de la definición del ser humano como ser social, definido por su lugar en una sociedad que determina sus acciones y comportamientos”.

(2) La inflación - más que una ampliación- en los derechos humanos; apuntalados para lo sucesivo sobre el derecho a la diferencia y dada la segmentación social en curso y, con ambos, el desbordamiento o desfiguración del pluralismo democrático.

(3) La exigencia de derechos como armas - repetimos a Habermas - y su contrapartida, a saber, la incapacidad institucional garantista de los mismos; causando esta las manidas decepción y desencanto democráticos, que lo son, esencialmente, con el Estado de bandera y sus expresiones políticas orgánicas.

Emerge, de tal modo, una corriente libertaria fuera de madre, no tanto anti-política, como inapropiadamente se lo afirma en el mundo de los partidos del siglo XX. Cansino la refiere de “contra-democrática”, citando a Pierre Rosanvallon [*La Contre-Démocratie. La politique à l'âge de la défiance*, Paris, Le

Seuil, 2014], al consistir mejor en un contra poder difuso y en avance, acaso como respuesta al legítimo y señalado reclamo por la calidad de la democracia y sus finalidades últimas o sustantivas.

“La “contrademocracia” no es lo contrario de la democracia, según el último autor. Es la democracia contraria, la democracia de los poderes indirectos diseminados en el cuerpo social, la democracia negativa a la sombra de la democracia positiva (la de legitimación electoral)”, como lo señala el otro exégeta de Rosanvallon, Joaquín Estefanía (“La contrademocracia”, El País, 19 de marzo de 2007), antes de agregar que: “Un ejemplo de contrademocracia son las permanentes manifestaciones en la calle, haciendo subsidiaria la apelación a las instituciones representativas”.

Lo señalado, entonces y como lo vemos, sugiere como imperativo una reflexión y una acción - más que reconstructiva - de construcción constitucional *ex novo*, que ha de instituir culturalmente de forma previa y darle salida a la realidad política digital en curso; ello, antes de que, por ausencia de un cauce apropiado, que ha de ser distinto e innovador, concluya todo, en su defecto, en el caos: ora en la citada explotación populista de las manifestaciones o tomas de calle que anegan al planeta y amenazan exacerbar a la “democracia de vigilancia” y la “estigmatización permanente de las autoridades” por parte de todos, no sólo de las izquierdas violentas que las aprovechan y estimulan, ora, como derivado, en la mineralización de una “masa negativa” ajena a toda idea posible de sociedad. El paso seguro desde la olocracia griega hasta la dictadura, como fatalidad, estaría de tal suerte asegurada.

Lo primero, en todo caso, es lo que sugería Sartori cuando ayer se muestra preocupado por la video-política, admitiendo que su crítica [“la cultura audiovisual es inculta y no es cultura”] no frenará su avance: “para encontrar soluciones hay que empezar siempre por la toma de conciencia” y el señalado «instituir».

Si las premisas que se advierten o muestran dentro del ecosistema digital y a propósito de la política o de la “política contraria” son, en suma:

- (1) La comunidad de desconfiados que sobreviene a la sociedad de la confianza;
- (2) la individualización de los comportamientos y reclamos subjetivos dentro de las colectividades y sus solas coincidencias en el enojo común; y
- (3) el predominio de la intimidad en la configuración de los comportamientos públicos, con el desplazamiento de la sociedad de masas y de las ideas abstractas del interés nacional o general, o de bien común o de bien público;

a manera de ejercicio pueden sugerirse tres propuestas instituyentes y de principio, amén de correlativas:

(a) Ante la desconfianza que hace metástasis, ha lugar al encuentro de un hilo conductor mínimo que ate a los desconfiados, que les fije un denominador común respetuoso de sus diferencias mientras actúan como polos múltiples, fundamentalistas, extremos, dispersos y exponenciales dentro de la realidad virtual. Podría ser, acaso, el hilo del servicio a la verdad y un acuerdo sobre códigos y símbolos mínimos de comunicación - de lenguaje neutro - compartidos, para que cada uno de aquellos pueda comunicarse efectivamente y rescatar alguna parte de la confianza social y política perdidas. Se ganaría, así, un espacio de seguridad superior a cada caverna o nicho, a cada burbuja digital.

Vale aquí, el ejemplo del *camping* referido por el mismo Bauman y que es también propio del modelo de transporte UBER extrapolado a la vida social y política:

“El lugar está abierto a todos aquellos que tengan su propia casa rodante... Los huéspedes van y vienen, a nadie le interesa demasiado cómo se administra el lugar en tanto y en cuanto a los clientes se les asigne el suficiente espacio como para estacionar su casa rodante, los enchufes y [que] los grifos estén en buen estado y los propietarios de las casas cercanas no hagan demasiado ruido... Lo que esperan de los administradores... es que tan solo los dejen tranquilos y nos los molesten... Son proclives a la intransigencia cuando se trata de defender su derecho a los servicios prometidos, pero por lo demás prefieren hacer su vida y se enojan si alguien pretende impedirles el acceso a ellos”.

(b) Entre la reducción y la dispersión de los derechos humanos - los fundamentales y los que reivindican quienes se asumen como diferentes o particulares al conjunto, es posible, ora mediante la concertación de éstos en el plano de unos derechos “intermedios” que faciliten su tutela efectiva y la reducción del desencanto dentro de la *polis*, otra a través de otras formas de diferenciación institucional o desagregación espacial del poder para la garantía real de unos y de otros.

(c) Siendo lo predominante el “yo” digital, es conveniente la reformulación de los medios y formas de relación entre el quehacer político y la cotidianidad de la vida humana, no más entre la sociedad civil y la sociedad política, separadas por los partidos como diafragmas; fortaleciéndose, al efecto y posiblemente, el odre de las

ciudades o municipios o el de naturaleza comunal, y resolviéndose así, por ende, el deterioro del valor del espacio geopolítico nacional dada la revalorización de la inmediatez y temporalidad en los contactos entre los ciudadanos, ahora digitales y montados sobre las redes.

8

LA VERDAD, HILO CONDUCTOR ANTE LA DESCONFIANZA

Mientras se arbitran y alcanzan los consensos que faciliten lo anterior, que se hacen agonales y reclaman de paliativos y metodologías que impliquen a los actores distintos del novísimo ecosistema digital y líquido, cabe ser conscientes del contexto transicional que resulta inexcusable admitir. Tanto como se debe tener presente que, a fin de resolver sobre los desafíos planteados, tales actores deben estar persuadidos de la necesidad de:

(1) Encontrar soluciones innovadoras dentro de las posibles, sin renuncia de los valores trascendentes que aseguren la convivencia.

(2) Arbitrar que tales soluciones sean justas o legítimas, sin hipotecas que sostengan la mirada sobre el retrovisor de la historia, que no sea más que para escrutar experiencias y deducir principios que trasvasen a lo espacial-temporal.

(3) Discernir fórmulas de comunicación igualmente efectivas entre los actores concernidos, para que no se trastorne la transición por eventuales desacuerdos sobre los niveles de relación aceptables, sin perjuicio de las diferencias.

Dentro de tal período de transición, en lo actual y en los espacios donde aún funciona de manera razonable la Justicia constitucional, puede ella ir salvando y asegurando los activos de libertad salvables; otras veces puede ir purificando y reformulando los estándares de la democracia, para mejor resituarlos en el ecosistema que ya es distinto y no solo diferente.

La democracia, no lo olvidemos, en el siglo XXI es un derecho humano de todos o un derecho integrador de los derechos (Asdrúbal Aguiar, *El derecho a la democracia*, Caracas, EJV, 2008), no más un procedimiento para la formación y organización del poder dentro de un Estado, en una relación de espacio y tiempo que declina. Y, como tal derecho es, *in totus*, derecho a todos los derechos, los tenidos como derechos humanos por ser éstos los que son todos para todos; sobre todo es derecho a la verdad como único antídoto contra la dispersión y contra las narrativas que intentan, bajo el mote de progresismo, desmovilizar el espíritu crítico y diluir los patrones culturales e históricos que

deben restarnos para que no seamos, por ser humanos, briznas de paja dentro del huracán de la revolución digital.

Vale aquí, respecto de esa condición existencial, la de la verdad y en tiempos de posverdad como los que corren, lo que concluye el propio Cansino, a saber, que estamos en presencia de dos escenarios posibles y perturbadores al efecto:

“1) Seguir expuestos a la industria de la mentira o lo que [Christian] Salmon llama estructura subterránea, que emplea a falsos periodistas, encargados de producir y difundir falsas noticias; y

2) continuar con el uso indiscriminado de campañas negativas en los procesos electorales que no solo afectan la legitimidad del sistema y sus actores, sino la gobernabilidad y la articulación de posibles consensos”.

Él, en lo concreto, sugiere estudiar más a fondo el tema de “la posverdad en el terreno de lo político” y con preferencia.

Servir a la verdad dentro de la democracia y asumirla como derecho – ¿a la democracia, a los derechos? – permite, entonces, cauterizar la mentira como fisiología de los populismos autoritarios y reguladora de la virtualidad informativa en tiempos de globalización y también de incertidumbres.

La Comisión Europea, el pasado año, prevenida ante lo explicado envió al Parlamento Europeo y al Consejo, su enfoque para enfrentar “La lucha contra la desinformación en línea”, fijando de consiguiente varios principios: aumentar la transparencia sobre el origen de las informaciones, promover la diversidad de las informaciones para que los ciudadanos mantengan un pensamiento crítico, proporcionar indicadores de fiabilidad [Alertadores Fiables] y mejorar la traza de las informaciones como la autenticación de los proveedores influyentes, y al término, obtener soluciones con la participación de todos los actores y procurar la “alfabetización mediática”.

La cuestión de la verdad como búsqueda, en fin, y ello también conviene aclararlo, no debe confundirse con la verdad de Estado e incluso religiosa y sus cargas históricas e ideológicas como sus elevados costos durante el Medioevo y la modernidad; prorrogados hasta nuestros días dentro de determinados espacios políticos, como el del socialismo del siglo XXI e integradores hoy de un verdadero museo antropológico.

La verdad en la democracia y dentro de la “modernidad líquida”, anegada de prevenciones y desconfianzas que se universalizan, es, ahora más que nunca, visibilidad, transparencia, rendición de cuentas, decisiones públicas de lo público, deliberación y control abiertos bajo la mirada y/o participación de

los actores sociales reales, en suma, es reconocimiento por el poder de la dignidad inalienable de la persona humana. Pero no basta.

La razón seguirá siendo una instancia inderogable, en la medida en que a la vez se la entienda como la adecuada al *Homo Twitter*, que hace predominar, todavía con desorden, la razón humana propia, nutrida de sensibilidad, y reclama respeto por los fueros de la fe civil o religiosa, de las creencias no verificables pero legítimas de quienes deciden abandonar la civilización de lo sedentario, repetir la experiencia del nomadismo, a fin de vivir en un mundo de experiencias sin espacios ni tiempos que las hipotequen.

Este *Homo Twitter*, que arriesga su destrucción de volverse *Homo Deus ex Machina* y de no ser rescatado como centro y finalidad de la ciencia y la civilización, por lo pronto espera de un ambiente y perspectivas que le aseguren en su propio proyecto de vida: que sea efectivo, estable, humanamente aceptable, al término fundado, insisto en esto, en el principio supremo de la Justicia, en el criterio político y jurídico *Pro Persona* o *Pro Homine*.

“Occidente siente un odio por sí mismo que es extraño y que sólo puede considerarse como algo patológico; Occidente, sí, intenta laudablemente abrirse, lleno de comprensión a valores externos, pero ya no se ama a sí mismo; sólo ve de su propia historia lo que es censurable y destructivo, al tiempo que no es capaz de percibir lo que es grande y puro... Necesita de una nueva —ciertamente crítica y humilde— aceptación de sí misma, si quiere verdaderamente sobrevivir”. *Joseph Cardinal Ratzinger*, “Fundamentos espirituales de Europa”, Roma, 2005

“La justicia, como todo valor, posee intrínsecamente un deber ser ideal, propio de su valencia. El valor vale, y vale, aunque no esté realizado. La no realización o la realización humana del valor en nada afectan —ni en menos ni en más— la valencia íntima del valor. Pero el valor no realizado nos permite deducir del deber ser ideal un deber ser actual: es el deber ser actual de que la injusticia cese; y de él, a su vez, surge un deber de actuar para que, siendo posible la realización del valor, se realice; o, lo que es lo mismo, un deber de actuar para que la injusticia cese efectivamente”. *Germán J. Bidart Campos*, “La teoría trialista del mundo jurídico según Werner Goldschmidt”, Buenos Aires, La Ley 25-899

BIBLIOGRAFÍA

Asdrúbal Aguiar, “Derechos humanos y humanismo cristiano”, Caracas, Mundo Nuevo/47, Revista de Estudios Latinoamericanos, Año XIII, N°1, enero-marzo 1990

Asdrúbal Aguiar, “Leer y pensar en español”, Rosario, Argentina, Congreso Internacional de la Lengua Española, Centro Virtual Cervantes, 2004

Asdrúbal Aguiar, *El derecho a la democracia*, Caracas, Editorial Jurídica Venezolana, 2008

Asdrúbal Aguiar, *Calidad de la democracia y expansión de los derechos humanos*, Miami, Editorial Jurídica Venezolana International/Miami Dade College, 2018

César Casino, “Adiós a la ciencia política. Crónica de una muerte anunciada”, Temas y Debates 14, *Dossier*, diciembre 2007

César Cansino, Jorge Calles Santillana, Martín Echeverría [Editores], *Del Homo Videns al Homo Twitter: Democracia y redes sociales*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Comunicación Política/4, 2016

Cansino, “Teorizando la Posverdad: Claves para entender un fenómeno de nuestro tiempo”, Miami, IV Diálogo Presidencial de IDEA, 29 de octubre de 2019

Comisión Europea, *La lucha contra la desinformación en línea, un enfoque europeo*. Comunicación de la Comisión al Parlamento Europeo, al Consejo, al Comité Económico y Social Europeo y al Comité de las Regiones, Bruselas, 26 de abril de 2018

Daniela Kutschat Hanns, “Cuerpo-tecnología: Una cuestión de interfaz”, en la obra colectiva de Ileana Hernández García, *Estética, ciencia y tecnología: Creaciones electrónicas y numéricas*, Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005

David Van Reybrouck, *Contra las elecciones. Cómo salvar a la democracia*, Madrid, Random House, 2017

Francisco. *Evangelii Gaudium*, Exhortación apostólica. Vaticano, 2013

Germán J. Bidart Campos, “La teoría trialista del mundo jurídico según Werner Goldschmidt”, Buenos Aires, La Ley 25-899 (1967)

Giovani Sartori, “¿Where is Political Science Going?”, PS, Vol. 37, N°4, October 2004

Giovanni Sartori, *Homo Videns. La sociedad teledirigida*, Buenos Aires, Taurus, 1998

Henrique Salas Römer, *El futuro tiene su historia, el reto de comprender*, Branford, Connecticut, Ediciones de la Parra, 2019

Ignacio Covarrubias, “Las lenguas de Esopo”, *La Lengua Viva*, 9 de abril de 2014

Inés M. Martín, *Regreso a Ítaca: Claves espirituales en la Odisea de Homero*, 2019

Javier Tusell, “Posliberalismo”, El País, 10 de abril de 2001

Joaquín Estefanía, “La contrademocracia”, El País, 19 de marzo de 2007

Joseph Cardenal Ratzinger, “Fundamentos espirituales de Europa”, Roma, 2005

Juan Carlos Puig, *Integración latinoamericana y régimen internacional*, Caracas, Universidad Simón Bolívar, Instituto de Altos Estudios de América Latina, 1987

Jürgen Habermas y Josep Ratzinger, *Entre razón y religión: Dialéctica de la secularización*, Madrid, FCE, 2008

Oswaldo Hurtado, *Dictaduras del siglo XXI. El caso ecuatoriano*, Kindle Edition, 2011

Luigi Ferrajoli, *Principia Iuris. Teoría del derecho y de la democracia*, 2, Madrid, Trotta, 2007

Rafael Caldera, “Instalación del Foro Iberoamericano sobre Comunicación e Información para la Democracia”, Caracas, junio 1997

Thomas Meyer, “El fundamentalismo en la República Federal Alemana”, Madrid, *Debats* 32, junio de 1990

Werner Goldschmidt, *La ciencia de la justicia [Dikelogía]*, Madrid, Aguilar, 1958

Yuval Noah Harari, *Homo Deus. Une breve histoire du futur*, Paris, Albin Michel, 2015)

Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*, México, FCE, 2000

Zygmunt Bauman, *La sociedad sitiada*, Buenos Aires, FCE, 2007